

# El cerezo

*Philippe Jaccottet*

Pienso a veces que si sigo escribiendo es o debería ser ante todo para reunir los fragmentos, más o menos luminosos y convincentes, de una alegría que, estaríamos tentados de creer, estalló un día, hace ya tiempo, como una estrella interior, derramando su polvo sobre nosotros. Que un poco de este polvo se encienda en una mirada es, sin duda, lo que más nos perturba, nos encanta o nos desorienta; pero esto es, si lo pensamos bien, menos extraño que sorprender su resplandor, o el reflejo de ese resplandor fragmentado, en la naturaleza. Por lo menos, estos reflejos han sido para mí el origen de muchas ensoñaciones, no siempre absolutamente estériles.

Esta vez se trataba de un cerezo; no de un cerezo en flor, que nos habla un lenguaje límpido, sino un cerezo cargado de frutos, percibido una tarde de junio, del otro lado de un gran campo de trigo. Era una vez más como si alguien hubiera aparecido allí y nos hablara, pero sin hablarnos, sin hacernos ninguna señal; alguien, o más bien algo, y «algo bello», ciertamente; pero mientras que, si se hubiera tratado de una figura humana, de una paseante, a mi alegría se hubieran mezclado la turbación y la necesidad inmediata de correr hacia ella, de alcanzarla, al principio incapaz de hablar, y no sólo por haber corrido demasiado, y luego de escucharla, de responder, de capturarla en la red de mis palabras o de capturarme en la de las suyas –y hubiera comenzado, con un poco de suerte, otra historia, en una mezcla, más o menos estable, de luz y de sombra; mientras que una nueva historia de amor hubiera comenzado entonces como un nuevo arroyo nacido de una fuente nueva, en primavera– a este cerezo yo no sentía ningún deseo de alcanzarlo, de conquistarlo, de poseerlo; o más bien: eso ya había ocurrido, yo había sido alcanzado, conquistado, no tenía nada absolutamente que esperar, que pedir de más; se trataba de otra especie de historia, de encuentro, de lenguaje. Más difícil de captar aún.

Lo que era seguro es que este mismo cerezo, extraído, abstraído de su lugar, no me habría dicho demasiado, o no lo mismo en todo caso. Tampoco si lo hubiera sorprendido en otro momento del día. Y si hubiera querido buscarlo, interrogarlo, tal vez también habría permanecido mudo para mí. (Algunos piensan que «el cielo se aparta» de quienes lo fatigan con su

espera, con sus oraciones. Si se tomaran estas palabras al pie de la letra, qué chirrido de goznes producirían en nuestras orejas...).

Intento recordar lo mejor que puedo, y ante todo, que era por la tarde, muy tarde incluso, mucho tiempo después de la puesta de sol, a esa hora en que la luz se prolonga más allá de lo que esperábamos, antes de que la oscuridad venza definitivamente, lo que de todas formas constituye una gracia; porque se concede un plazo, se retrasa una separación, se atenúa un sordo desgarró —como cuando, hace ya mucho tiempo, alguien acercaba una lámpara a nuestra cabecera para alejar los fantasmas. Es también una hora en que esta luz superviviente, habiendo dejado de ser visible su hogar, parece emanar del interior de las cosas y subir desde el suelo; y, aquella tarde, del camino de tierra que seguíamos o más bien del campo de trigo ya alto pero aún de color verde, casi metálico, de manera que hacía pensar por un instante en una hoja de metal, como si se pareciera a la guadaña que iba a cortarlo.

Se producía así una especie de metamorfosis: ese suelo que se convertía en luz; ese trigo que evocaba el acero. Al mismo tiempo, era como si los contrarios se acercaran, se fundieran, en ese momento de transición del día a la noche en que la luna, como una vestal, venía a relevar al sol atlético. Así, nos encontrábamos reconducidos, no por una fuerza autoritaria ni por el látigo del rayo, sino bajo una presión casi imperceptible y tierna como una caricia, muy lejos en el tiempo, y en el fondo de nosotros, hacia esa edad imaginaria donde lo más próximo y lo más lejano estaban aún enlazados, de manera que el mundo ofrecía las apariencias tranquilizadoras de una casa o incluso, a veces, de un templo, y la vida, las de una música. Creo que era el reflejo muy debilitado de esto lo que llegaba entonces hasta mí, como nos llega esa luz tan antigua que los astrónomos han llamado «fósil». Caminábamos por una gran casa con las puertas abiertas, iluminada sordamente por una lámpara invisible; el cielo era como una pared de cristal que vibraba apenas al paso del aire fresco. Los caminos eran los de una casa; la hierba y la guadaña no eran sino una sola cosa; el silencio se veía menos roto que acrecentado por el ladrido de un perro y por los últimos gritos débiles de los pájaros. Un batiente chapado con una delgada capa de plata había vuelto hacia nosotros su reverberación. Era entonces, era allí donde había aparecido, relativamente lejos, del otro lado, en la linde del campo, entre otros árboles cada vez más sombríos y que pronto serían más negros que la noche que abrigaba su sueño de hojas y de pájaros, ese gran cerezo cargado de cerezas. Sus frutos eran como un largo racimo de rojo, una colada de rojo, en el verde sombrío; rojo sobre verde, en la hora del deslizamiento de las cosas las unas en las otras, en la hora de una lenta y

silenciosa apariencia de metamorfosis, en la hora de la aparición, casi, de otro mundo. La hora en que algo parece girar como una puerta sobre sus goznes.

¿Qué podría ser ese rojo para sorprenderme, alegrarme hasta ese punto? Seguro que no era sangre; si el árbol de pie sobre el otro borde del campo hubiera estado herido, hubiera tenido el cuerpo así manchado, yo no habría sentido sino espanto. Pero no soy de los que piensan que los árboles sangran, ni de los que se emocionan igual ante una rama cortada que ante un hombre asesinado. Era más bien como fuego. Sin embargo, nada ardía. (Siempre he amado los fuegos en los jardines, en los campos: son a la vez luz y calor, pero también, puesto que se mueven, se agitan y muerden, algo así como bestias salvajes; y, más profundamente, de un modo más inexplicable, una especie de abertura en la tierra, una brecha en las barreras del espacio, algo difícil de seguir hasta donde parece querer llevarnos, como si la llama no fuera en absoluto de este mundo: liberada, rebelde, y por ello mismo una fuente de alegría. Estos fuegos arden aún en mi memoria, me parece, en el momento justo en que paso junto a ellos. Se diría que alguien los ha sembrado al azar en el campo y que empiezan a florecer todos a la vez, con el invierno. No puedo separar los ojos de ellos. ¿Es que, sin ni siquiera pensarlo, sé que se alimentan, al crepitar, de hojas muertas? Son árboles breves que el viento sacude. O zorros, compañeros feroces).

Pero aquel rojo no ardía, no crepitaba; no era ni siquiera una brasa, como las que quedan, esparcidas, a lo lejos, al final del día. En lugar de subir como las llamas, esto fluía o colgaba, un racimo, colgantes de rojo, o de púrpura; al abrigo de verdores muy sombríos. ¿O enseguida, puesto que iluminaba y calentaba, puesto que parecía venir de lejos, hay que decir que era como un fuego suspendido que no desgarraría ni mordería, que se mezclaría con el agua, contenido en algo así como globos húmedos, dulcificado, domado? ¿Como una llama en una mariposa de cristal? ¿Un racimo de fuego domesticado, casado con el agua nocturna, con la noche en formación, inminente pero aún no advenida?

Una dulzura sin límites se estremecía sobre todo esto como un soplo de aire, refrescante con la llegada de la noche. Creo que nuestra corteza, más rugosa de año en año, se ha suavizado durante algunos instantes, como la tierra se deshiela y deja que un agua nueva brote de su superficie.

Había un vínculo de las hojas con la noche y el río más lejano, que no se oía; había un vínculo de los frutos con el fuego, la luz. Lo que nos detuvo y parecía hablarnos sobre el otro borde del campo arrugado por el viento como un río pálido se parecía un poco, sin dejar de ser un cerezo cargado de frutos cuya variedad, al aproximarme, hubiera podido reconocer

–igual que nada de lo que nos rodeaba dejaba de ser camino, campos y cielo–, a un pequeño monumento natural que se hubiera visto de pronto iluminado en su corazón por el aceite de una ofrenda, una especie de pilar, pero capaz de estremecerse, incluso si en ese momento parecía absolutamente inmóvil –adornado, para una rememoración, con un racimo de frutos, de fuego domesticado; de tal forma que al verlo, mientras habíamos creído sencillamente caminar por senderos demasiado familiares, todo cambiaba, todo adquiría un sentido diferente, o simplemente un sentido; así, cuando un canto se eleva en una sala, o una simple palabra, no importa cuál, en una habitación, se trata siempre de la misma sala, de la misma habitación, no se ha salido, igual que no se ha dejado de ser víctima del trabajo minucioso del tiempo destructor, y sin embargo algo esencial parece haber cambiado. Aquella tarde, tal vez, sin tomar conciencia de ello, yo sentía que el tiempo, las horas durante las cuales yo mismo había vivido, es decir, el día, pero también la noche, habían penetrado lentamente en esos frutos para redondearlos y finalmente enrojecerlos; que contenían en suspenso todo esto, ellos mismos suspendidos en su abrigo de hojas, como incubados por esas alas verdes, pero pronto negros y más negros que el cielo bajo el cual se estremecían, apenas, en su sueño...

Hubiera hecho mejor en coger esos frutos, se pensará, y renunciar a tantas ceremonias. Pero también sé cogerlos, amo su resplandor en pleno día, su redondez de mejillas sanas, su gusto a veces ácido, a veces acuoso, su escarlata. Esto es otro asunto, simplemente: en el calor del día, en pleno sol, con el pronto deseo de morder otros frutos, escalas donde no hay ángeles que suban hacia el cielo deslumbrante de este comienzo de verano, sino algo mucho mejor que los ángeles...

Un color sobre otro, en un momento de paso, donde se pasa un testigo –el atleta solar a la vestal que parece más lenta que él–; ¿como un corazón, como el Sagrado Corazón de Cristo en las imágenes santas?

El arbusto ardiente.

Un fuego, al abrigo de estas hojas más bien color de sueño. Apacibles, apaciguadoras. Un plumaje de pájaro maternal.

Huevos de color púrpura incubados bajo estas plumas sombrías.

Una fiesta lejana, bajo arcos de hojas. A distancia, a una distancia cada vez mayor.

¿Tántalo? Sí, si estos frutos fueran senos. Pero no son ni siquiera su imagen.

Consejos llegados del afuera: algunos lugares, algunos momentos nos «inclinan», hay como una presión de la mano, de una mano invisible, que nos incita a cambiar de dirección (de los pasos, de la mirada, del pensamiento); esa mano podría ser también un soplo, como el que orienta las hojas, las nubes, los veleros. Una insinuación, en voz muy baja, como de alguien que susurra: mira, o escucha, o simplemente: espera. Pero, ¿tenemos aún tiempo para esperar, paciencia para esperar? Y además, ¿se trata realmente de esperar?

¿No ha pasado nada?

Una llama entre dos palmas que ella ilumina, entibia. Una linterna sorda. ¿Qué rótulo más bello para un albergue mejor? Donde no habría necesidad de entrar para sentirse al abrigo, ni necesidad de beber para verse saciado.

«En el cerezo cargado de frutos». ¡Extraño rótulo, aunque bello, y extraño viajero, guiado y alimentado por espejismos! ¿No da la impresión de estar un poco azorado, a la fuerza, no parece enflaquecido? Si el viento que le recuerda, en este comienzo de una noche de verano, antiguas caricias, aumenta y se desencadena, tengo miedo de que no pueda hacerle frente durante mucho tiempo. No podemos protegernos de la edad con recuerdos o sueños. Ni siquiera tal vez con plegarias. Pero ¿quién nos ha prometido nada para siempre? ¿Al menos, algo más que estos señuelos tan bellos que nos quitan el sueño? Demasiado bellos, sin embargo, sigue pensando él de forma casi maníaca, para no ser sino señuelos.

*Traducción de Rafael-José Díaz*



Luis Marsans: *Dos figuras*